

Realidad y desengaño en Henning Mankell

GREGORIO ORTEGA MOLINA

Es raro que haya que estar muerto tanto tiempo.

Linda Wallander, personaje de Mankell

La necesidad de resolver los problemas de nuestro entorno nos obliga a replantear ideas y definiciones que aspiran a explicarnos o, al menos, a comprendernos. Tal es el caso del concepto de novela negra.

Si nos atenemos a la definición aportada por Andreu Martín en el prólogo de *A navajazos*, podremos constatar que los iniciadores del género —Raymond Chandler, Dashiell Hammett y otros— quedaron rezagados con respecto a su objeto de observación y de estudio: lo que hoy hacen los individuos con la sociedad y con sus leyes. Esto nos permite constatar también que algunas obras de autores que han sido adscritos a la novela de enigma o novela policíaca son, definitivamente, obras de novela negra en el más clásico sentido del término, como ocurre con Patricia Highsmith, Agatha Christie y Georges Simenon.

Sin embargo, el lector atento puede encontrarse con otras sorpresas. ¿Alguien pensaría que Julio Cortázar escribió algún texto

que pudiese caer dentro de la definición de lo negro? En *Queremos tanto a Glenda* hay un cuento que surge de lo que los franceses denominan *fait divers*. Me refiero a “Recortes de prensa”. Nada hay más negro que la negra realidad.

Lo anterior viene a cuento porque Henning Mankell, nacido en Estocolmo, Suecia, en 1948 —actualmente vive en Mozambique—, trasciende esa definición de lo negro en la novela, y plantea al lector-interlocutor el cuestionamiento de los principios legales y los valores éticos y morales que animan, que dan aliento de vida a la sociedad, sea en Europa, África, América o Asia —aunque sus personajes y las situaciones de algunas de sus novelas cobren vida en el ámbito nacional o en el mundo restringido de la localidad del autor.

Los periodistas no se equivocan nunca

En Suecia, la investigación policial de los crímenes que inquietan o ponen los pelos de punta a esa parte de la sociedad que vive indefensa, por carecer de poder económico o político, siempre recibe la atención de la prensa, sin importar que ésta en no pocas oca-



siones distorsione los hechos o haga chorrear sangre donde nada sangra.

Lo anterior queda claro en *Asesinos sin rostro*, cuando el policía Kurt Wallander explica a la fiscal Anette Brolin lo que ocurre en los noticiarios televisivos. Dice el investigador policial a la abogada: “Los periodistas ven a la policía como una presa permitida. Nosotros recibimos críticas tanto si actuamos mucho como poco, no importa. Tampoco entienden que a veces debamos callarnos ciertos datos, por razones que tienen que ver con la investigación”.

Unos minutos antes de esta escena, su compañero de trabajo, Rydberg, de pie y en el pasillo de la jefatura de policía de Ystad —población del sur de Suecia, en Escania, donde vive Kurt Wallander—, aprueba la carta aclaratoria que Wallander ha escrito a los directivos de la Televisión Sueca en relación con el noticiario nocturno, no sin advertirle: “Pero no creas que van a mover un dedo. Los periodistas en este país, especialmente los de la televisión, no se equivocan nunca”.

El malestar entre los empleados de la jefatura de policía de Ystad obedece a que lo informado por la noche en el noticiario fue producto de una filtración. Poco importó si las consecuencias pudiesen ser que el o los criminales huyeran, que los mataran o, peor aún, que se exacerbara el encono propiciado por el crimen en contra de los extranjeros, pues si el lector ha de creer a Henning Mankell, los suecos están hartos, por decir lo menos, de la política migratoria de su gobierno, derivada quizá del comportamiento asumido durante la Segunda Guerra Mundial: una política migratoria aparentemente marcada por el sentimiento de culpa, que ya antes, durante las décadas de los sesenta y setenta, había llevado a ciudadanos suecos a visitar países del Este, principalmente Polonia, con el propósito de elegir pareja sentimental, solucionar su estatus migratorio y llevarla a vivir en Suecia, obviamente casándose con ella.

En esta primera novela, *Asesinos sin rostro*, importa menos el suceso criminal que los rasgos humanos que definen a los personajes. Llama más la atención las condiciones sociales y políticas que hicieron que un asesinato por codicia propiciase crímenes de odio, la exacerbación de un racis-



mo insospechado en la sociedad sueca y, también, el abuso que los extranjeros cometen en su propio beneficio y en contra de la tolerancia migratoria del gobierno. Rasgos humanos definidos por la tipología física, los hábitos de alimentación y de vestir, las debilidades y fortalezas de los personajes. También, por la entereza ante la desgracia e incluso ante la sentencia de muerte, como ocurre con Rydberg, mentor de Wallander, cuando se le diagnostica un cáncer que en pocos meses lo conducirá a la muerte, al descanso, al olvido por parte de todos salvo de su alumno.

Llama más la atención que el protagonista esté pasado de peso, que viva acosado por el remordimiento de no mantener una dieta o de entregarse a su gusto por el whisky o el vodka. Sí, para el lector acucioso abre una mayor ventana sobre su entorno y su trabajo el que Wallander reflexione y hable sobre su divorcio y sobre las relaciones con su ex esposa y su hija, quien por cierto es novia de un negro; afecta más al lector enterarse del conflicto de Wallander con su padre, hombre mayor siempre al borde de la locura, pues su ocupación es pintar una y mil veces el mismo cuadro: una puesta de sol, a veces con un urogallo, otras no, pero que vende y que le ha permitido vivir.

Kurt Wallander, el anti Kiefer Sutherland —protagonista de *24*—, el anti James Bond, por gordo, por borracho, por descuidado en el vestir y en su persona, pues de creer a Henning Mankell el personaje vive anotándose en la lista de la lavandería común del edificio donde reside, a fin de disponer de tiempo para lavar su ropa sucia, siempre tirada en el piso de su departamento de la calle de Mariagatan, en el centro de Ystad. Kurt Wallander, el policía que se equivoca y reconoce haberlo hecho, y a manera de compensación huye a un puesto de comida rápida para devorar a escondidas una hamburguesa con tocino, un hot dog, una pizza, mientras medita sobre el caso que trae entre manos porque, eso sí, sabe que su responsabilidad es garantizar la seguridad del contribuyente sueco, y a ello está dedicado en cuerpo y alma. Desaliñado, sí, e inseguro con las mujeres a las que, a fin de cuentas, termina por llevarse al tálamo, como ocurre con Anette Brolin, a quien había ofendido por haber hecho un torpe acercamiento, cuando una noche, en el departamento de ella, se presentó para hacerle un informe del avance de la investigación.

Pero no vaya a equivocarse el lector: las preocupaciones de Mankell, expuestas en ideas y voz de su personaje, contribuyen a reubicar al lector en su lugar en el mundo, porque sabe ver y expresar lo que a las diversas sociedades del planeta atañe y preocupa: su seguridad y bienestar, la conservación del estado de ánimo, del optimismo, o lo que los cristianos llamarían la esperanza en el hombre.

Por el momento, de la lectura de este libro queda que, en los tiempos que corren, los extranjeros que llegan a países nuevos, extraños para ellos, con el afán de volver a empezar, ya no son del todo bien vistos, debido al *boom* migratorio desatado por la reconfiguración mundial desde la creación de la Comunidad Económica Europea, la caída del Muro de Berlín y la implantación, a rajatabla, del neoliberalismo como panacea para conjurar los diversos males que han assolado a la humanidad. El libre comercio, el libre tránsito de hombres e ideas son distintos desde el 11 de septiembre de 2001, lo que también influye en la percepción de Mankell, quien había publicado *Asesinos sin rostro* diez años antes.

En Occidente, la gente no tiene idea de lo que sucede

En alguna ocasión, José Emilio Pacheco publicó un ensayo acerca de las coincidencias en la literatura. Coincidencias en el tema, los personajes e incluso proximidad en los títulos. Coincidencia que se da entre John Le Carré con *El jardinero fiel* y Henning Mankell con *El cerebro de Kennedy*. El tema de ambos es unívoco: la humanidad es víctima de la codicia de los laboratorios farmacéuticos, pero lo es sobre todo esa parte de la humanidad radicada en países donde los gobiernos son débiles, la pobreza crece geométricamente y los enfermos mueren de enfermedades curables, aunque también de SIDA, o de curiosi-



dades como el ébola, o por mano propia o ajena, cuando las hambrunas provocan conflictos raciales, purgas como las que periódicamente se suceden en algunos países de África.

Kurt Wallander no es el personaje de esta novela. Mankell elige a una mujer, Louise Cantor, arqueóloga, que al momento de la narración coordina una investigación sobre la Edad de Bronce en el Peloponeso. Arqueóloga capaz de desentrañar el pasado, pero sin la suficiente habilidad para conocer a su hijo y al ex marido con el que lo engendró; madre y esposa capaz de entender las antiguas culturas y civilizaciones pero distante de la realidad de su entorno, de su presente.

Mankell toma el título y la trama de una leyenda urbana, de un mito nunca desmentido, al parecer. Se trata del robo del cerebro del extinto John F. Kennedy, supuestamente sustraído de donde era resguardado, para servir de señera insignia al trabajo secreto de unos laboratorios farmacéuticos en Mozambique, tema que aprovecha para restregar al lector que cómodamente lee desde su propia seguridad lo que ocurre en naciones azotadas por el hambre, la pobreza y el SIDA.

El autor nos presenta a Louise Cantor la víspera de un viaje a Suecia, donde ha de participar en un congreso de arqueología con una conferen-

cia sobre el color de las vasijas en la Edad de Bronce, e informando sobre los avances de la excavación que dirige; viaje que aprovecharía para visitar a su hijo Henrik, quien vive solo en Estocolmo. Louise tiene un padre, Artur, que reside al norte de Suecia, y un ex marido al que por el momento no sabe dónde encontrar.

La despedida de su amante griego anticipa el curso del libro. Le dice a Vassilis, de oficio contador: “El mundo está gobernado por los libros de cuentas. Los libros de cuentas son nuestra liturgia; los asesores fiscales nuestros sumos sacerdotes”.

Todo lo proyectado queda inconcluso, porque pronto se entera de la muerte de su hijo, a quien encuentran con la pijama puesta, aunque nunca la usaba para dormir, lo que a Louise le hace pensar, intuir, determinar que fue asesinado. Sufre, padece, llora la protagonista, quien sólo busca consuelo vía telefónica en su padre. El oficial de policía encargado de la investigación le dice, para tranquilizarla: “La muerte es un proceso complejo. Con toda probabilidad, el más intrincado e incomprensible que nos ofrece la vida. Sabemos mucho más acerca de cómo se engendra un ser humano que de cómo termina su vida”. De todos modos, la pesquisa determina suicidio.

Busca al padre de su hijo. Después de dar con él, sin poder avisarle que es tarde para que asista a las exe-



quias, hace el viaje de Suecia a Australia. Allí se entera de que Aron y Henrik han estado en contacto a sus espaldas, por medio de correspondencia, no de correos electrónicos, cartas que Aron le lleva a Louise para que sepa lo que pensaba su hijo y se entere, por fin, de los viajes que hizo a África, a Mozambique. En mayo de 2004 le había escrito: “El desastre es tan insoportable que uno sólo puede guardar silencio. Pero también es, ante todo, estremecedor. En Occidente, la gente no tiene ni idea de lo que sucede. Hemos renegado de los últimos bastiones del humanismo y ni siquiera estamos dispuestos a ayudar a defender a estas personas, para frenar la expansión de la enfermedad o para contribuir a que los moribundos lleven una vida digna, por corta que ésta sea”, y el lector tiene que, debe, preguntarse: ¿a los libros contables de quién se van a cargar esos gastos, o de cuál nación, gobierno o institución?

Louise y Aron se enteran de que, además del departamento en el que murió, Henrik tenía otro en Barcelona, adonde se trasladan. Allí, entre otras cosas, descubren una *lap-top*, en la que leen el texto siguiente: “La antorcha de Diógenes. Ahora empiezo a comprender que vivo en una época en la que ocultar las verdades se ha convertido tanto en un arte como en un saber. Las verdades que antes podían salir a la luz se mantienen hoy ocultas. Sin la antorcha, la búsqueda de un ser humano es prácticamente imposible. Gélidas ráfagas de viento apagan la antorcha. Uno puede elegir, puede dejarla apagada o volver a encenderla y seguir buscando seres humanos”.

Para el lector escéptico, lo anterior pudiera significar que se adentra en la trama del complot, pero nada hay más ajeno a los proyectos y programas de los laboratorios farmacéuticos que el complot. Son empresas que tienen accionistas y presidentes de consejos de administración y en consecuencia necesitan rendir cuentas y abonar saldos favorables a los inversionistas, por lo que harán lo necesario para que así suceda, y cuando los conejillos de Indias sean insuficientes para encontrar la panacea de los servicios de salud y de sus ingresos, harán lo que consideren conveniente para lograrlo. Al menos es lo que se desprende de la investigación de Henrik, puesta en sus labios, en sus notas, por el autor.

En la indagación privada de la muerte del hijo, Louise Cantor también pierde a su marido, quien de buenas a primeras desaparece, sin dejar más rastro que la sospecha de que también ha sido asesinado. Louise se entera de que su hijo es promiscuo y mantiene relaciones estables con una prostituta de Mozambique llamada Lucinda. Se entera también de que una supuesta clínica para asistir a los enfermos de SIDA no es sino un laboratorio en el que se experimentan medicamentos y vacunas, y sabe, por

boca de Christian Holloway, administrador de esa clínica, que “la tragedia de la vida se la labra el propio ser humano”, por lo que no debe asombrarse de que allí se use como conejillos de Indias a los condenados a muerte por la enfermedad.

El mismo Christian le dice sobre su hijo: “A nadie le gusta que le recuerden aquello que nos espera a la vuelta de una esquina, más cerca de lo que creemos. La vida es un viaje abrumadoramente corto; tan sólo se nos antoja interminable en nuestra juventud. Pero Henrik se habituó. Y, de repente, se esfumó. Jamás supimos por qué se había marchado”.

Muy pronto en la novela el lector se entera de que Henrik se esfumó para ir a dormirse en pijama, aunque nunca durmiera en pijama. No hay problema. En el colofón, el autor indica: “Yo indago, como es natural, de un modo distinto al de un periodista. Pese a todo, ambos arrojamus luz sobre los más oscuros rincones del ser humano, de la sociedad, del entorno. Con no poca frecuencia los resultados son idénticos”. Después ya nada importa. A fin de cuentas es precisamente la muerte la que hace idénticos a los seres humanos, de la misma manera que el trabajo del escritor y el del reportero pueden parecerse en su resultado.

¿Cómo explicar lo inexplicable?

Doce años antes de publicar *El cerebro de Kennedy*, Mankell entregó a sus lectores, en 1993, *La leona blanca*, novela en la que busca una explicación a lo inexplicable del *apartheid*, requisita a su país por facilitar el crecimiento del crimen violento y sin razón aparente, y grita a Dios para que le aclare los motivos de un asesinato sin lógica aparente, incluso para el que lo comete.

Dato curioso aportado por Henning Mankell para el lector poco o nada informado: cómo y por qué se formó el *apartheid*. También da, como mero breviarío, el nombre de los fundadores

de esa práctica, de ese comportamiento, y la razón por la que deciden ser diferentes. Todo ocurre un anochecer de abril de 1918, cuando Henning Kloppe explica a Hans du Plessis y Werner Van der Merwe que “el mayor peligro de la sumisión es que llegue a convertirse en costumbre, en resignación que se filtra como un veneno paralizante en nuestras venas, acaso sin que uno mismo lo perciba. Es entonces cuando la sumisión alcanza el grado de perfección, cuando el último reducto ha caído y la conciencia se enturbia para acabar extinguiéndose paulatinamente”. Los tres *boers* deciden fundar su Club de Tobi, una asociación a la que no estaban invitadas las mujeres y que fue bautizada con el nombre de La Joven Sudáfrica, hermandad que se fortalece porque sus miembros se multiplican y porque ocupan los cargos importantes en la administración pública y los espacios relevantes en la sociedad. Todo indica que sin esa asociación las leyes del *apartheid* promulgadas en 1948 no se hubiesen aprobado. Para no someterse, entonces, decidieron ellos someter.

En *La leona blanca*, es Kurt Wallander quien ha de enfrentarse a una conspiración internacional, cuya pretensión es echar atrás las leyes reformistas del presidente Frederik Willem de Klerk, quien abolió el segregacionismo, reconoció al Congreso Nacional Africano y liberó a Nelson Mandela, a quien los complotados han decidido asesinar, y hacerlo por conducto de un negro, para que se piense que son los de esta raza quienes no quieren los cambios.

Kurt Wallander ha de descubrir quién o quiénes son los asesinos de Louise Akerblom, cuyo único error fue perderse en el camino y pedir ayuda. Las consecuencias de su muerte caen de inmediato en el estado de ánimo del policía Wallander y en la conciencia del marido de Louise. Con ella, ha procreado dos niñas, ha formado un matrimonio modelo para su comunidad religiosa, viven apegados al mensaje bíblico pero —se cuestiona el protagonista, el *alter ego* de Henning Mankell—: “¿Cómo explicar lo inexplicable? ¿Cómo podrá Robert Akerblom seguir rezando a su dios en lo sucesivo, un dios que lo ha decepcionado a él y a sus dos hijas de una manera tan cruel?”

La meditación de Wallander no sólo tiene que ver con la necesidad de culpar a la divinidad de lo que hacen los seres humanos. También se pregunta qué está ocurriendo en Suecia, adónde han ido a parar los ladrones y estafadores de toda la vida. “¿De dónde procede toda esa violencia irracional?”, se cuestiona, y Mankell le da el sello a su personaje así: “¿Cómo continuar? No quiero tener que vérmelas con asesinos sin escrúpulos y sin respeto por la vida. No quiero verme obligado a pasarme la vida investi-



gando una violencia que nunca, mientras viva, llegaré a comprender. Tal vez la próxima generación de policías de este país viva otras experiencias, de las que extraer otra visión de su trabajo. Para mí, es demasiado tarde. Nunca llegaré a ser distinto del que soy, un policía más o menos habilidoso de un distrito policial sueco más o menos grande”.

Le faltaría ver e investigar lo que después atestiguó en *La falsa pista*, donde deja plasmada su idea del periodismo y las vertientes de acomodo con el gobierno que esa profesión puede tener, o la manera en que el ex ministro de justicia sueco se las arregló para asociarse con la delincuencia para dar rienda suelta a sus debilidades.

Quizás el cerrojo de la buena factura literaria la transmiten dos escenas de *La quinta mujer*. Una, cuando el padre de Wallander va a despedirse de él a su oficina, y Kurt le pregunta adónde viaja, a lo que responde que a ningún lado, que le acaban de diagnosticar Alzheimer y los recuerdos, su rostro, su vida se irán desvaneciendo, y sería bueno despedirse.

La otra, cuando después del sepelio del abuelo, su hija Linda le dice que le resulta raro que haya que estar muerto tanto tiempo. ~